

BOCEG. No puedo.
 MONTILL. ¿Cómo no? ¡Será de miedo!
 ANA. (De dentro.) ¡Ah, Boceguillas! Acaba.
 BOCEG. ¿Velo? Por hoy se desarmen
 pendencias.
 MONTILL. ¿Pues por qué hoy?
 BOCEG. Es miércoles; y yo soy
 devotísimo del Carmen,
 y en él carne... ¡ni aun la tocol!
 MONTILL. ¡Ah, cobardel! No te atreves.
 BOCEG. Hoy no; mas mañana es jueves,
 y mañana...
 MONTILL. ¿Qué?...
 BOCEG. Tampoco. (Vase.)

ESCENA VI

Salen Doña PETRONILA y DON GREGORIO, por báculo la
 espada.

PETRON. Convaleciente, señor,
 importará recogeros
 temprano.
 GREGOR. Quien vive en veros,
 no viéndoos se halla peor.
 PETRON. Estimoos ese favor;
 pero es muy á costa vuestra.
 GREGOR. Si he de sacar por la muestra,
 juzgando por lo exterior,
 hermosa señora mía,
 en vos la mercaduría
 no me enseña mucho amor
 lo tibio con que me habláis.

ESCENA VII

Sale MELCHORA.—DICHOS.

PETRON. No siempre está el corazón
 con una disposición,
 si afectos examináis.
 GREGOR. Más con eso me enfermáis
 que la peligrosa herida.
 PETRON. Deseo yo vuestra vida
 todo lo posible.
 GREGOR. Creo
 lo que decís; pero veo
 lo contrario en mi venida.
 Juzgábame yo, en virtud
 de tanto favor pasado,
 más bien visto en vuestro agrado.
 PETRON. Tratad de vuestra salud
 y lógrese juventud
 que tan bien en vos se emplea,
 que, aunque por vos no se crea,
 es mi mayor interés;
 que ocasión habrá después
 en que más gustosa os vea.
 GREGOR. Daros fe será forzoso,
 aunque á mí mismo me engañe.
 PETRON. Temo que el sereno os dañe,
 que en Madrid es peligroso.
 GREGOR. Juzgárame yo dichoso
 y acabara de estar bueno
 si ese cielo, por quien peno,
 se serenara al mirarme;
 que á mí lo que ha de matarme

es faltarle lo sereno.

Pero no os quiero cansar.
 Guárdeos Dios felices años,
 que, si curan desengaños,
 poco tardaré en sanar.

PETRON. Quiéroos, señor, perdonar,
 á trueco que estéis mejor,
 en materias de rigor,
 aunque en ello os engañéis
 todo cuanto imaginéis.

GREGOR. Adiós.
 (Vanse éste y Montilla.)

PETRON. Adiós, mi señor.

ESCENA VIII

Doña PETRONILA y MELCHORA.

PETRON. Melchora: ¿no quedó aquí
 don Gómez con don Francisco?
 MELCH. Llévanlo todo abarrisco
 los celosos.
 PETRON. ¿Cómo así?
 MELCH. Descompadrados los vi
 irse.
 PETRON. El coche haz, pues, sacar.
 MELCH. ¿Dónde los piensas hallar?
 PETRON. ¡Qué sé yo! Amor nunca acierta
 sino errando.
 MELCH. Es cosa cierta.
 PETRON. Pues, errando, he de acertar. (Vase.)

ESCENA IX

Sale Doña ANA de mujer, con manto, y BOCEGUILLAS.

ANA. ¿La capa, espada y sombrero?
 BOCEG. Todo viene donde has dicho.
 ANA. Será el coche mi vestuario.
 BOCEG. Y el arquilla, entre el aliño
 del cojín, que está á la popa,
 hará las veces de Ovidio
 en nuestro metamorfosis.
 ANA. No hay amor sin artificio;
 hoy admirarás mi ingenio.
 BOCEG. Bien; pero ¿no será digno
 de darte un almud de quejas?
 ¿Tantas?

ANA. Oye, te suplico:
 BOCEG. En Milán serví soldado
 dos años; mas, fugitivo,
 deslumbrando Barracheles,
 á Génova me deslizo;
 halléte medio embarcado
 para España, y, compasivo
 de la falta de mi flete,
 me admitiste en tu servicio;
 desde entonces hasta agora,
 tu confidente y valido,
 no he alcanzado ni un secreto
 de tu pecho; no he sabido,
 sino por mayor, que en Malta
 profesaste desde niño
 la Cruz; del turco espantajo,
 coco común del morisco,
 y que don Gómez te llamas
 juntándole al apellido

del Avalos generoso
 el Pimentel más antiguo;
 tomaste el Portocarrero
 por solapar los peligros
 que en la Venta ocasionaste,
 por ti don Gregorio herido.
 Ha que te sirvo diez meses,
 y en los diez que ha que te sirvo,
 ni sé á qué veniste á España,
 ni penetro tus designios,
 ni si estás enamorado,
 ni quién te feria suspiros.
 Tal vez te hallo hablando á solas;
 tal, generoso conmigo,
 sin tener necesidad,
 me vistes como un palmito;
 tal me envías noramala,
 y si entonces te replico,
 ó va tras mí el candelero,
 ó me ensordeces á gritos.
 Ya Adonis, rindes beldades;
 ya Venus, postras Narcisos;
 ya soldado, todo hazañas;
 ya escolar, todo aforismos;
 estoy en duda si acaso
 lo atiplado en lo lampiño
 te mutiló sin saberlo
 los que junta el que es latino
 á los pretéritos siempre;
 otras veces imagino
 que en esto del *masque genus*
 sólo tienes el vestido.

¡Por amor de Dios! señor,
 señora ó término ambiguo,
 que sepa yo con quién ando;
 conozca yo á quién ministro;
 pues has hecho en mi lealtad
 cuantas pruebas has querido,
 sé cuenta de Santa Juana,
 sácame el alma del limbo.
 ANA. Para todos los criados
 discretos el uso ha escrito
 tres preceptos provechosos,
 que son, si entre éstos te admito,
 oír, y ver y callar;
 que guardes éstos te pido;
 porque, en dando en *flos sanctorum*,
 medrarás poco conmigo.
 BOCEG. Echo á la boca unas trabas,
 pongo á la lengua unos grillos,
 sórbome todo deseo;
 desde hoy moriré de ahito.
 ANA. Por lo ameno y por lo solo
 hice elección de este sitio.
 BOCEG. ¿Y por qué no por lo santo,
 si consagran este hospicio
 para ejemplo de la corte
 Recoletos Augustinos?
 ¿Y el coche?
 ANA. Allí nos espera,
 BOCEG. para el disfraz que me has dicho.

ESCENA X

Salen DON GREGORIO y MONTILLA.

GREGOR. No quiero ir tan presto á casa:
 desahogue este retiro

enamoradas congojas,
 si es la soledad su alivio;
 gocen dichosos amantes
 el frecuentado bullicio
 de tanto coche que al Prado
 trasladaron los Elisios.
 Déjame, Montilla, á solas.
 MONTILL. Soy fámulo: no replico;
 mas mira que han de dañarte
 serenos.

GREGOR. No seas prolijo.
 MONTILL. A estos álamos me asiento;
 si el sueño dijere: «envidio»,
 diré: «topo»; y tu, entretanto,
 bucoliza á lo de Anfriso. (Apartase.)
 ANA. (A Boceguillas.) Boceguillas, ven acá.
 ¿No es este hombre?..
 BOCEG. Será el mismo

que dices.
 ANA. ¿Cuál?
 BOCEG. ¿Qué se yo?
 ANA. Un hombre como Dios le hizo.
 BOCEG. Necio: ¿este no es don Gregorio?
 ANA. Yo agora no gregorizo,
 que en crepúsculo la tarde
 llora del sol paraxismos
 y tengo la vista corta.
 ANA. Pues yo sí, que los delirios
 de mis celos me hacen Argos.
 BOCEG. Según el aire y los visos,
 él parece.

ANA. Pues, aparta.
 BOCEG. Aparto; vaya de tiro.
 (Apartase éste, y Doña Ana echa á la
 cara el manto.)
 ANA. Retírate; no nos oigas.
 BOCEG. Si hay segundos desafíos
 acójome á este convento.

(Vase llegando ella á Don Gregorio, ta-
 pada, y los lacayos, cada uno por su
 parte, se les acercan.)

MONTILL. (Aparte.) Hacia mi dueño enfermizo
 se apropinua una buscona,
 y yo á los dos me apropinuo
 por ver este perro muerto.

BOCEG. (Aparte.) Mi humor es antojadizo,
 no he de sufrir que malpara;
 detrás deste olmo me arrimo.
 GREGOR. (Paseándose.) Hoy ceños, ayer agrados:
 algo contra mí la han dicho;
 pero, si son las mujeres
 pluma al viento, ¿qué me admiro?

ANA. (Tapada, á él.) Debemos de padecer,
 caballero pensativo,
 pues buscamos soledades,
 unos accidentes mismos,
 y en fe de que de algún modo
 se consuelan afligidos,
 juntando penas con penas,
 juzgo que os hago servicio
 en interrumpir silencios;
 pues, si no de divertirlos,
 gustaré de acompañarlos
 mezclándolos con los míos.

GREGOR. Déboos, oculta piadosa,
 los socorros compasivos
 que no me atrevo á pagaros;

y os confieso agradecido que, á ser menos riguroso mi mal, sobraba el oiros para arrancarle del alma; pero son, os certifico, mis penas tan... tan crüeles que las connaturalizo como á la sangre las venas: pues si no peno, no vivo.

ANA. ¡Qué poco conocimiento debe tener el hechizo que con desdenes os trata!

GREGOR. Por ser tanto he cogido lo poco que yo merezco.

ANA. ¿Qué sería si, en castigo de malas correspondencias, os pagasen sus olvidos ingratitudes de Italia?

GREGOR. (Admirado.) ¿Qué decís?

ANA. Que os pronostico venganzas de alguna ausente, que vos, sin haberla visto, elegistes por esposa, y ella, sin veros, os quiso. Deudor le sois de la fama, cuyo delicado vidrio se mancha con los engaños, se quiebra con los indicios de la opinión mentirosa, sin reparar que, ofendido, fija contra vos carteles algún poderoso Ursino. Deudor de la vida y todo le sois, pues los descaminos del amor interesable que os previene precipicios malograron su inocencia, amortajada en suspiros. Sepultada en sus congojas y llorada de infinitos, no os enmiendan las desgracias, no os enfrenan los avisos; pues recelad, don Gregorio, al cielo, que el patrocinio de doña Ana tiene á cargo y es tal vez ejecutivo.

GREGOR. (Admirado.) Enigmática agorera: ¿quién tantas cosas os dijo de mí, si no consultastes infernales vaticinios? ¿Murió doña Ana? Si es muerta, y yo de cuanto he fingido me confieso avergonzado, ¿qué puedo hacer?

ANA. Desdeciros de ofensas que la habéis hecho por palabra y por escrito.

GREGOR. No sufren eso las armas; antes he de descubrirlos y saber quién sois.

(Quiere destapalla y ella se aparta.)

ANA. Tenéos os digo, que quedaréis consumido en las llamas que padezco.

GREGOR. ¿Qué llamas?

ANA. Tenéos os digo; que ignoráis quién soy.

GREGOR. ¿Quién sois?

ANA. Espiritu, no precito, pero sí preso por deudas que no pagué en este siglo, y entre incendios inmortales, en el otro las desquito: el alma soy de doña Ana.

GREGOR. ¿De doña Ana?

MONTILL. ¡Jesucristo!

¿Almas aquí de medio ojo?

(Espantados los tres.)

BOCEG. ¡Santa Juana! ¡San Patricio!

¿Lacayo yo de entresuelos?

Desde luego me despido.

MONTILL. ¿Yo con amo espiritado?

Desde hoy hago finiquito.

ANA. (A D. Gregorio) Impaciencias del desprecio, nunca con vos merecido, me llevaron, aunque en gracia, con los afectos tan tibios, que, para perfeccionarlos, en llamas los fervorizo; y, porque no dudéis de esto, sabed que Pompeyo Ursino en vuestra busca navega, y que los franceses lirios, por vuestro ejército rotos, á Turín han puesto sitio; que supo vuestros engaños en Milán el noble tío de la dama que os desdena, y que en este instante mismo la está escribiendo una carta y en ella cuerdos avisos para que la mano os niegue; si queréis más requisitos de futuros contingentes que abonen lo que os afirmo y os abran los ciegos ojos, yo os los ofrezco; pedidlos.

GREGOR. Los dichos bastan y sobran; pero yo, que fui motivo, bella alma, de vuestras penas, ¿cómo podré redimirlos de su incendio?

ANA. Con sufragios, con misas, con sacrificios, con satisfacer mi fama.

GREGOR. Eso postrero no admito, aunque todo se atropelle, si, como me habéis pedido, en que me desdiga yo ha de estribar vuestro alivio perjudicando mi sangre.

ANA. Pues desgracias os intimo que serán irremediables en vuestro mayor castigo, y andaré por vos en pena si no hacéis lo que os he dicho. (Vase.)

GREGOR. Esposa, mujer ó engaño...

ESCENA XI

DICHOS, MENOS DOÑA ANA

BOCEG. Acogiósse al escondrijo de *Requiem*.

MONTILL. Fuese á *Fidelium*.

BOCEG. Será un sepulcro su hospicio.

MONTILL. No más amos.

BOCEG. No más almas.

GREGOR. ¿Qué es lo que me ha sucedido?

(Aparte)

¿Burlaréme de ilusiones?

¿Creeré, cielos, lo que he visto?

Montilla: ¡alto! al coche.

MONTILL. ¡Tiemblo!

BOCEG. Con ser Agosto, tiritó.

GREGOR. ¡Lo presente! ¡Lo distante!

¡Lo futuro! ¿Y no me inclino á daros fe, confusiones?

¿No soy cristiano?

MONTILL. Y lo afirmo.

(Todo esto aparte.)

GREGOR. Divirtamos por el Prado los presagios ó delirios que me están desvaneciendo.

MONTILL. Mucho huelo, y no es tomillo.

(Vanse estos dos.)

ESCENA XII

Sale DOÑA ANA, de mujer, mas no cubierta.

ANA. Boceguillas: ¿qué te has hecho?

BOCEG. ¡Jesús! No me boceguillo; abrenuncio, alma capona. ¿Qué me quieres? ¿No te sirvo?

ANA. ¡Ah, traidor! ¿Tú me escuchaste?

BOCEG. Que te apartes te suplico; que entre mi miedo y tus llamas me van dando calofríos.

ANA. ¡Anda, borracho, que es todo patarata cuanto has visto! Don Gómez soy; ¿de qué tiembles?

En cuerpo y en alma vivo; tocame, dame esa mano.

BOCEG. Eso no. ¡Por Jesucristo!

ANA. Pues ¿qué temes?

BOCEG. Que al instante me la conviertas en cisco.

(Tómasele por la fuerza.)

ANA. ¿Asegurarás te agora?

BOCEG. ¡Ay, que me quemas! Quedito.

ANA. ¿Estás ya desengañado?

BOCEG. *Tanti quanti*.

ANA. A don Francisco ofrecí que se viniese á estas horas y á este sitio, vería en él á mi dama; porque con este artificio desmienta celos que tiene, creyendo que le compito.

BOCEG. Buena traza; mas ¿qué es de ella?

ANA. Yo soy dama de mí mismo.

BOCEG. Puedes, porque ya sospecho...

ANA. ¿Qué?

BOCEG. Que eres hermafrodito; mas hétele al ruin de Roma.

ESCENA XIII

Sale DON FRANCISCO. — DICHOS.

ANA. (Cúbrese.) Llámale acá.

BOCEG. (A él.) ¡Qué tardío

es vusted! Aquí aguardamos mi señora y yo habrá un siglo.

FRANC. ¡Oh, señoral! ¿Tal favor?

ANA. ¿Sois el señor don Francisco?

(Ana tapada.)

BOCEG. Boceguillas: di si es él.

FRANC. Como diez y tres son cinco. Débole tanto á don Gómez, que, como entre los amigos no hay venturas reservadas, darme parte de ésta quiso para que se la envidiase.

ESCENA XIV

Salen DOÑA PETRONILA y MELCHORA, con mantos.

PETRON. No hay, Melchora, descubrirlos; plegue á Dios que no suceda la desgracia que adivino.

MELCH. Mejor irás en el coche.

PETRON. No iré tal; que así registro, sin nota, lo que no veo.

ANA. Quiérote mi dueño infinito, y yo, por el mismo caso que sé que en esto le sirvo, es fuerza que mucho os quiera.

FRANC. Dichoso yo si á serviros ese favor acertase.

(Quedan los dos hablando entre si.)

PETRON. Oye: aquél ¿no es don Francisco?

MELCH. Y la hermana compañera. Una de estas busca ruidos.

PETRON. ¿En el Prado y á tal hora dama tapada?

MELCH. ¿Hay cilicios?

PETRON. Que así llamo yo á los celos por lo áspero y pungitivo.

MELCH. ¿Celos? No; mas sentimientos, algunos, aunque remisos; que el desprecio las mujeres, sin que amemos, le sentimos. Retírate entre estas matas.

(Acechándolos.)

ANA. Tiene don Gómez hechizos (A don Francisco) que salen con cuanto quieren; afirmame que es novicio en la Cruz blanca, y lo creo, que es muy mozo; con que fio en su amor y noble sangre, que brevemente ha de unirnos el tálamo deseado, viviendo en paz y en servicio de Dios y vuestro.

PETRON. Melchora: peor es esto. ¡Ay, celos míos!

MELCH. Quien escucha su mal oye.

BOCEG. ¡Lo que ensarta el barbilimpio!

FRANC. (A D.ª Ana.) Aunque no merezco veros, ni es bien me atreva á pedirlos sin orden suya favores de estima tanta, os afirmo que de su elección discreta, sutil ingenio y juicio, no es posible deje ser

- ANNA. vuestro amor del suyo digno, y que esposos os deseo.
 ANNA. No querrá tan bien nacido sujeto dejar bastardo á tan hermoso angelito, pudiendo legitimarle.
 FRANC. ¿Don Gómez tiene en vos hijo?
 ANNA. Tiene en uno un cielo todo, su rostro, sus ojos mismos, hasta un lunar, Dios le guarde, que ha de ser Cristobalico el Adonis de la corte, la envidia de los Narcisos.
 MELCH. Adobándose va el ojo. ¿No oyes esto?
 PETRON. *(Aparte.)* ¡Ah, fementido! Faltas que en ti sospechaba, ¡qué caras las averiguo!
 ANNA. Sigole desde Florencia, puesta mi patria en olvido, atropellando respetos, si arrojados, bien nacidos; concebí en Génova, y luego, en Madrid, clima benigno, sacaron á luz dolores un serafín en un niño.
 FRANC. ¿Y llamáis vos, señora?
 ANNA. Doña Greida.
 BOCEG. *(Aparte.)* Ya le aplico para estameñas y manchas. ¡Válgate el Diabolo por tipto!
 ANNA. Lo que me ordenó mi dueño, como acostumbro, he cumplido. Tiempo es de dar vuelta á casa.
 FRANC. Iré sirviéndoos.
 ANNA. No admito esa merced: Dios os guarde.
 FRANC. Y á vos, siendo yo el padrino, os canten epitalamios, aplausos y regocijos.
 ANNA. *(Aparte de él, y dice á Boceguillas.)* Boceguillas: llega el coche y saca de él el vestido varonil; cortinas echa.
 BOCEG. ¡Jesús! De ti me santiguo. *(Vanse.)*

ESCENA XV

Dichos, menos éstos.

- PETRON. Melchora: ¿que esto á mis ojos haya pasado y respiro?
 ¿Esto yo misma he escuchado?
 ¿Y estoy viva?
 MELCH. ¿Qué hay perdido?
 Dos nos ruegan en que escojas don Gregorio y don Francisco; te pretenden y idolatran á pares como zarcillos.
 PETRON. ¿Cuándo escogieron los celos? Ábrásome, desatino.

ESCENA XVI

Salen DON GREGORIO y MONTILLA.—DICHOS.

- GREGOR. He de saber, ¡vive Dios! si soñando quimerizo,

- ó son fantásticas sombras las que hospeda este distrito.
 ¿Yo sin verla? ¿Yo cobarde?
 MONTILL. Porque me fuerzas te sigo con más miedo que vergüenza.
 GREGOR. ¿No es ésta?
 MONTILL. *(Temblando.)* Sí, señor mío; con otra para el lacayo. Sobre calaveras piso.
 GREGOR. *(A ellos.)* ¡Alma! ¡Fantasma! ¡Embeleco, ó lo que sois! Yo imagino que burlas vuestras.
 PETRON. ¿Qué es esto?
 Hombre, ¿estáis en vos?

ESCENA XVII

Sale DOÑA ANA, de caballero, con la cruz, y BOCEGUILLAS.

- ANNA. *(A Don Francisco.)* Amigo: ¿hallastes aquí á mi Greida?
 FRANC. Y en ella todo el prodigio de la discreción y gracia; ¡qué de almibar que os envidio! De padre os doy parabienes. *(Estos á un lado.)*
 GREGOR. Yo tengo de descubriros.
 PETRON. Yo notaros de grosero. *(Estos aparte.)*
 ANNA. ¿Y la cara?
 FRANC. Nunca quiso mostrármela.
 ANNA. Era ya noche.
 PETRON. Don Gregorio: si el juicio, como la salud, no os falta, advertid que habrá castigos á desenvolturas vuestras. *(Porfiando descubrirlas.)*
 MELCH. Aquí de los comedidos. *(A voces.)* ¡Caballeros! ¡Ah, señores! *(Descúbrelas. Juntanse todos.)*
 ANNA. ¿Qué es esto?
 GREGOR. *(A Doña Ana.)* Ya yo adivino la causa de estas quimeras: puerta me abrió el laberinto. Vos, don Gómez, más que diestro, venturoso ó atrevido, que el acero en una venta osastes medir conmigo, del otro mundo buscáis embelecios y artificios que, mi amor desazonando, os excusen de peligros; pero no os valdrán agora. *(Saca la espada.)*
 ANNA. Aquí soy lo que allá he sido. *(Desnuda la suya.)*
 FRANC. Doña Petronila: ¿vos aquí?
 BOCEG. *(A Melchora.)* Y tú, ¿sales del Limbo?
 MONTILL. ¿Quién te vistió de alma en pena, Melchora?
 BOCEG. De eso poquito: que yo solo me enmelchoro.

- MONTILL. Pues, mandilón, ¿tú conmigo?
 PETRON. Mataos todos y vengadme los tres de vosotros mismos, que á todos os aborrezco; todos me habéis ofendido.
 FRANC. Yo á vos, ¿en qué?
 PETRON. En ser mudable.
 ANNA. ¿Y yo?
 PETRON. Vos, por fementido, *(A Don Gregorio.)* como vos en ser grosero.
 MELCH. *(A los Lacayos.)* Y los dos por Gomecillos.
 GREGOR. Don Gómez: seguid mis pasos.
 ANNA. A atajaros los os sigo.
 FRANC. Yo tras vos.
 PETRON. Y yo tras todos, que adoro lo que persigo. *(Vanse éstos.)*
 MONTILL. ¿Y nosotros tres en raya?
 BOCEG. Dígalo Melchora.
 MELCH. Digo que de él no se me da un clavo, y de él no se me da un pito. *(Al uno: al otro.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA ANA de galán, con la cruz, y BOCEGUILLAS.

- ANNA. Quedamos, en fin, amigos interviendo terceros.
 BOCEG. Nunca manchan los aceros pendencias en que hay testigos; mas ¿tienes seguridad de amistad reconciliada?
 ANNA. La suya es la interesada; pues ya, sin dificultad de mi venganza y mis celos, ni la muerte he de pedirle de mi hermana, ni impedirle la que causa sus desvelos. Hase informado que estoy con doña Greida casado.
 BOCEG. De sí mismo enamorado: ayer don Gómez, Greida hoy. Que lo crea no es gran cosa; pero ¿esto en qué ha de parar?
 ANNA. En que no se ha de casar con la Petronila hermosa.
 BOCEG. ¿Y la amistad?
 ANNA. ¡Qué sé yo!
 BOCEG. No me apures tantas veces. Aqueso es volver las nueces al cántaro. ¿Por qué no?
 ANNA. Porque en el alma he sentido no lograrle mi cuñado; don Gregorio, en lo aliñado, lo bizarro, lo entendido, no admite comparación. ¡Oh, si doña Ana viviera y esposa suya se viera, qué proporcionada unión!

- BOCEG. No te entenderá un Pasquin; despachábale tu herida ó á la posta, ó á la brida, al infierno; sano, en fin, disfrázaste en alma en pena porque le mate tu espanto, ¿y agora le quieres tanto?
 ANNA. Cuanto más se me enajena, más sus diversiones siento.
 BOCEG. Constrúyate el Anticristo.
 ANNA. Mira: celos son un mixto de amor y aborrecimiento.
 BOCEG. ¿Amor tú? ¿Por qué, siendo hombre? ¿Celos? ¿Por qué, no mujer?
 ANNA. Yo llegué tanto á querer la difunta, no te asombre, que aún está viva mi hermana en mí y muerto en ella estoy. Ten por sin duda que soy más que don Gómez doña Ana; pues si amor nos encadena, ¿ya de qué te admirarás?
 BOCEG. Agora te juzgo más que la otra vez alma en pena.

ESCENA II

DON GREGORIO.—DICHOS.

- GREGOR. Si tiene algo de fineza, don Gómez, el visitaros y por la mano ganaros en esto, para firmeza de nuestra nueva amistad, sirvaos de satisfacción que tengo en el corazón, en el alma y voluntad cuanto os afirman los labios.
 ANNA. No fuéades vos, señor, tan noble, si ese favor (ya se olvidaron agravios) las ventajas no me hiciera que de vos mi pecho fia; y podrá ser que algún día, (¡ojalá el presente fuera!) conozcáis lo que deseo serviros.
 BOCEG. *(Aparte.)* Ello dirá.
 GREGOR. Si á la experiencia se da crédito, ya en vos lo veo.
 ANNA. Pues no lo digáis en vano, porque me oso blasonar que no os habéis de casar si no fuere por mi mano.
 GREGOR. Eso es doblarme venturas.
 ANNA. Cualquier difícil amante necesita de un trinchante, que amor todo es coyunturas, y si una vez las erráis nunca acertaréis con ellas.
 GREGOR. No imagino yo perdellas si vos me las sazónáis, porque, ¿con qué no saldréis si con la invención salistes á que ayer me persuadistes? Notable sois; no creeréis

cuán, por sin duda, os juzgué espíritu de doña Ana.
 ANA. ¿Cómo es eso?
 GREGOR. En sombra humana su alma misma imaginé que á darme quejas venía.
 ANA. No os entiendo.
 GREGOR. ¿Cómo no?
 ANA. Don Gregorio: nunca yo tuviera tanta osadía que el papel de un alma hiciese que está gozando de Dios; pero ¿visteis algo vos que mi hermana os pareciese? Porque, si he de hablar verdad refiriéndoos lo que pasa, las más noches en mi casa, apenas la obscuridad mata las luces al sueño, cuando una voz lastimosa nos despierta querellosa, al principio con pequeño estrépito; mas después, con cadenas, con gemidos, nos atruena los oídos, sin que hasta hoy sepa lo que es. Mudé posadas creyendo que era duende lo que os digo; pero mudóse conmigo con sus cadenas y estruendo.
 GREGOR. ¿Qué decis?
 ANA. ¿Qué? Boceguillas: cuenta tú lo que ha pasado, pues, como yo, lo has lastado.
 BOCEG. Contaréle maravillas á vuestro que le obliguen á santiguarse. Antenoche sentí en el desván un coche á quien seis jayanes siguen arrastrando seis capuces con hachas de cera pez, dando aullidos cada vez que se apagaban las luces; tras todos, de un blanco velo cubierto un cuerpo miré, tan alto, que imaginé que desollinaba el cielo; gemía de cuando en cuando cual si de parto estuviera; bajaron por la escalera seis cadenas arrastrando, y entraron en mi aposento sin perdonar escondrijo; entonces un jayán dijo: «Este, que roncando siento, y se llama Boceguillas, sirve á su amo de trainel; á la pelota con él juguemos.» Yo, de rodillas, dije: «Si del Purgatorio sois, ¿qué mal os hice yo?» Y el alma me respondió: «Anda y dile á don Gregorio que pena por él doña Ana, porque si luego le avisas que diga por mí mil misas, me iré á los cielos mañana.»

Tarde es; mas ya se lo digo.
 GREGOR. ¿Eso puédesse creer?
 ANA. ¡Oh! Si llegáis á saber lo que ha pasado conmigo, mi crédito haré dudoso.
 GREGOR. Al punto mando decir las misas por no impedir su descanso.
 ANA. Sois piadoso.
 GREGOR. ¡Por Dios! que anoche creí, don Gómez, que érades vos, cuando reñimos los dos; porque como luego os vi en el traje que ahora estáis y mis sucesos sabéis, con la fama que tenéis de las burlas que inventáis, dije: «Este mozo me incita para otro riesgo segundo con cosas del otro mundo?»
 ANA. Nunca el cielo tal permita; los sufragios que os exhorta se hagan por ella mañana; porque, difunta mi hermana y en el cielo, ¿qué la importa que sea vuestra esposa ó no doña Petronila?
 BOCEG. Poco.
 GREGOR. Tendréisme con eso loco.
 ANA. Otro estorbo temo yo que es harto más importante entre vos y vuestra dama.
 GREGOR. ¿Cuál es?
 ANA. Don Gómez se llama, primo, galán, estudiante y, sobre todo, bien visto de la que es con vos cruel.
 GREGOR. Algo me han contado de él.
 ANA. Matémosle.
 BOCEG. (Aparte.) ¡Vive Cristo! que no es posible que sea sino engendrado á jirones de emblecos y invenciones este tiple taracea.
 GREGOR. Pues él ¿en qué os ha ofendido?
 ANA. En el nombre lo primero, puesto que Portocarrero, en que se haya entremetido, mandón de la que os abrasa tanto, que podéis temer que este primo se ha de hacer primogénito de casa en que su traje molesta á todos; pues al instante que un zafio ve á un estudiante, dice: «daca la ballesta», en que compita con vos y aumente vuestros desvelos.
 GREGOR. ¿Mas si tuviédeselos de él?
 ANA. ¿Yo celos? Bien, por Dios; como de mí.
 GREGOR. ¿Negaréisme que no amáis á la que adoro?
 ANA. ¿Yo? Como al rejón el toro. Don Gregorio, amigo, ¿veisme? Pues á fe de caballero

ESCENA III

DICHOS, menos DON GREGORIO.

BOCEG. ¿Estás harto de tejer marañas? ¿Sóbrate estambre para otras? ¿Tú de ti mismo, dama, maltés, estudiante? ¿Tú, contigo compitiendo, á ti mismo has de buscarte? ¿A ti mismo perseguirte porque á ti mismo te mates? ¿Qué habemos de sacar de esto?
 ANA. Boceguillas: pues no sabes mis fines, no los censures.
 BOCEG. Ya estoy en que me mandaste oír y ver y callar; oigo y veo, que esto es fácil, pero querer que en el golfo de tanto embeleco calle, es poner al campo puertas.
 ESCENA IV
 Sale MELCHORA con manto.—DICHOS.
 MELCH. Señor don Gómez: Dios guarde á vuesa merced.
 ANA. ¡Melchora!
 ¿Adónde bueno?
 MELCH. A buscarle.
 «Mensajera sois, amiga», etcétera. El corretaje que traigo, no pide partes; mándame á que le cante, mi señora, ó que le rece, lo antiguo de aquel romance: «Mira, Zaide, que te aviso que no pases por mi calle, ni mires á mis ventanas ni...» Ya sabrá lo restante. Vuesa merced represente el papel del dicho Zaide; porque está, si no lo cumple, á peligro que le maten, ó que sepa la justicia sus mujeriles disfraces siendo hombre, y tan para hombre que diz que le llaman padre ó taita Cristobalitos y Greidas que le desmanchen. Mi sa doña Petronila acaba ahora de sacarse la muela que le ha dolido, si no mucho, lo bastante, siendo el gatillo sus celos; y, si bien escupe sangre, hay Franciscos y Gregorios con que sus penas enjuague: está en duda con cuál de ellos brevemente se entalame, y hay consulta de parientes en nuestra casa esta tarde; teme que se la alborote, y en mujer tan importante ya verá lo que se arriesga con el más mínimo achaque. Dije, y voime. Adiós, seor mío.
 que os amo más mucho á vos que á esa dama y á otras dos. La amistad es lo primero; desde que nos conformamos sois dueño de mis acciones; fuera, si, de obligaciones que, si nos comunicamos, sabréis.
 GREGOR. Ya me han referido de no sé qué Greida.
 ANA. ¿Quién?
 GREGOR. Que os quiere y le queréis bien.
 ANA. ¡Por Dios! ¿Qué, lo habéis sabido? Pues yo os juro que es de suerte lo que está conmigo unida, que nos alienta una vida y nos espera una muerte.
 BOCEG. (Aparte.) En esto no hay solecismo, pero hay infinito enredo.
 GREGOR. Confiado habláis.
 ANA. Y puedo del modo que de mí mismo. Volvamos al estudiante que ha de morir. ¡Vive Dios! por mí, cuando no por vos.
 GREGOR. ¿De qué suerte?
 ANA. Es el rondante y espadachín cuantas noches llama el silencio al reposo, y en extremo tan celoso, que en la calle cuantos coches pasan ha de registrar, cuanto aventurero andante, que, aunque al tal primo estudiante, vuestra dama dé lugar y entrada cuando es de día, de noche no, que su puerta para ninguno está abierta; puesto, aunque es malicia mía, que asistente en una reja las más le sale á escuchar, y con él suele hablar hasta que al indio el sol deja; hánmelo mentido así y es bien que lo averigüemos; la siguiente, pues, iremos, y si le hallamos allí, acabaremos con él; si no, os habéis de fingir don Gómez, y hacer salir la dama, creyendo es él; que con la seña engañada al instante acudiré, y allí vuestro amor sabrá si está del primo prendada, para que con causa justa de tramoyas os venguéis.
 GREGOR. Las cosas que proponéis son extrañas; mas, pues gusta vuestra amistad, no hay en mí dificultad.
 ANA. A las dos os espero.
 GREGOR. Amigo, adiós.
 ANA. ¿Queda esto así?
 GREGOR. Quede así. (Vase.)

ANA. No has de irte sin que te pague, Melchora, tan buenas nuevas; será el premio este diamante. *(Dásele.)*
¡Gracias á Dios que saldremos de empeños en que á engolfarme me llevaban, agua arriba, obligaciones tan grandes! ¡Qué discreta es tu señoral Con cualquiera que se case de los dos, tan mis amigos, hallará dichas iguales que den envidia á esta corte, y yo excusaré desaires, si á Cristóbal legítimo, que está temiendo su madre. Dila esto, y adiós.

MELCH. ¡Tan secol
¡Jesús! ¡Don Gómez! ¡Tan gravel!
¡Vuesasted la quiso bien?
ANA. Pues ¿qué he de hacer?

MELCH. ¿Qué? Colgarse de una viga; dar suspiros que un neblí no los alcance; retar, celoso, á Zamora.

ANA. Eso, amiga, solía usarse en farsas matusalenas; no hallan celos ya á quién maten; está muy cristiano amor y tiembla de condenarse si loco se desespera.

MELCH. Vete, y dila de mi parte que la doy mil parabienes.
ANA. Pues, mire: por más que trague hacia adentro sentimientos y disimule pesares, yo sé que tiene el pechito con más agujas que un sastre. Vaya allá vuesa merced, pero no le diga á nadie que yo le di tal consejo, porque, así Dios me depare marido que me merezca, que me ha mandado que llame, mi señora, deudos suyos que en casa han de convocarse para lo que le refiero.

ANA. Pues ¿qué quieres, si á intimarme que no vaya allá te envía?

MELCH. ¡Jesús! ¿Pues eso cree? Calle. ¿Luego ignora que en los celos son mizes todos los zapes? Vaya luego allá, y adiós. *(Vase.)*

ESCENA V

DICHOS, menos MELCHORA.

ANA. ¿Qué dices de esto?
BOCEG. Que acabes con todos: ó dentro ó fuera.
ANA. Don Francisco ha de casarse con ella, ó yo no ser hombre.
BOCEG. Pues ¿agora no acabaste de decir á don Gregorio que te busque y que te mate porque su dama se quede sin estorbos que la embarguen?

Pues ¿cómo impedirle puedes que este otro agora se case, si para entrar en su casa tienes peligros tan grandes? Pues sus deudos, también dijo Melchora que han de matarte si entrar con ella te ven, conque por ninguna parte hay puerta para tu enredo, aunque más máquinas halles.

ANA. Dije, y tengo de cumplirlo. ¿Dudas tú que á mí me falten medios con que entrarla á ver y mis cautelas la engañen? Allá he de entrar luego al punto.

BOCEG. Luego, ¿los dos han de darle la mano á la Petronila?

ANA. ¿Con los maridos á pares?

BOCEG. Seránlo á pares, ó á nones. Y, hecho el dicho maridaje imposible, ¿con quién piensas casar tú?

ANA. Contigo.

BOCEG. ¡Zapel!

ANA. Boceguillas: lo del alma en pena me es importante que se apoye.

BOCEG. ¿De qué suerte?

ANA. Escúchalo. ¿Tú no sabes dónde el don Gregorio vive?

BOCEG. Lindamente: barrio y calle.

ANA. ¿Tiene en casa otros vecinos?

BOCEG. Pienso que ayer vi mudarse los que en el cuarto de arriba moraban.

ANA. Si se quedase vacío, fuera esta suerte de mi sutileza examen.

ANA. Anda, vamos á saberlo.

BOCEG. Pues ¿qué tenemos?

ANA. Donaires que me saquen venturoso.

BOCEG. ¡Oh, casa de los orates! *(Vanse.)*

ESCENA VI

Salen Doña PETRONILA, DON FRANCISCO y DON GREGORIO.

PETRON. Digo, pues, señores míos, que, sin consultar consejos de mis deudos, aunque viejos, primos, parientes y tíos, no tiene mi elección bríos para ponerme en estado; para esto los he llamado, las muchas partes propuesto de los dos; y según esto, libré en ellos mi cuidado. Los bien nacidos pleitean como tales á lo igual, litigan al tribunal; pero siempre que se vean es justo que amigos sean; que yo, en habiendo quitió que cause murmuración,

desde luego les intimo que más que el casarme estimo mi fama y reputación.

GREGOR. Sois tan cuerda, mi señora, que yo convencido quedo y las ventajas le cedo á mi opuesto desde agora; vuestra suerte se mejora en empleos de su amor, y yo, que de su valor, aunque parte, soy testigo, le quiero más para amigo que para competidor.

FRANC. Discreción y bizarría airosamente juntáis; mas no es bien que me venzáis, amigo, en la cortesía:

yo os renuncio la acción mía, que amor que obliga beldades no funda felicidades la vez que elige mujeres en ajenos pareceres, sino en propias voluntades. Esta señora os la tiene, sus ojos la muestra os dan; dejáis por ella á Milán, y quien de tan lejos viene no es justo que se enajene de prenda que suya fué. Yo, que muerto la causé llantos que quiero debella, volviendo á morir por ella la plaza os despejaré.

PETRON. ¿Finezas entre los dos á mi costa, caballeros? ¿De qué podéis ofenderos vos, don Gregorio? ¿Ni vos? Soy noble; no quiera Dios que me resuelva arrojada á cosa...

ANA. *(Dentro.)* ¡Y á la cuajada! Que al mundo dé que decir, pues yo no os he de elegir á deudos subordinada.

PETRON. ¿Por qué el uso no desprecio? ¿Por qué á los dos no os admito? ¿Por qué mi estado remito á quien haga de él aprecio? Reparad que es caso recio el de esa resolución,

cuando en vuestra discreción, en fe de tan estimada, me fio.

ESCENA VII

Sale Doña ANA de cuajadera; toca de rebozo hasta la nariz, sombrero, mangas y fundillas blancas; naguas de cotonia; devantal, con pliegues, blanco; una olla de cobre en una cesta, cubierta con unos manteles que lleva en una mano, y en la otra un cucharón de hierro.—DICHOS.

ANA. ¡Y á la cuajada! ¡Válgale la maldición! ¿Han visto cuál se me atreve? No hay escolar más molesto

en todo Madrid.

PETRON. ¿Qué es esto?

ANA. ¿Esto? Éntrome acá, que llueve.

PETRON. ¿Qué queréis?

ANA. No se apitone: un demonio de estudiante, que siempre lo hallo delante, de suerte se descompone por dondequiera que paso con pellizcos, con locuras, malicias, desenvolturas, que, aunque de ellas no hago caso, me ha obligado á que huya de él y me éntre sin ton ni son en su casa de rondón.

PETRON. ¿Estudiante es?

ANA. Es la piel del diablo, que le engendró: no me deja á sol ni á sombra.

PETRON. ¿Sabéis vos cómo se nombra?

ANA. Un su mozo le llamó, porque otro lo pescudaba, don Gomia Porchocarrero.

PETRON. Don Gómez Portocarrero diréis.

ANA. Sí; despacio estaba la moza para estodiar si es don Gómez, Gazmio ó rollo. Mi primo es.

PETRON. Pues si es su pollo, calcilla le puede echar.

ANA. ¿Quiere vuesasted cuajada para aquestos caballeros? ¡Buena merienda!

PETRON. Sin sueros, limpia, fresca y sazónada; más dulce es que una conserva; al azúcar la aventajo; pruébela, que no es de cuajo; á fe mía que es de hierba.

ANA. *(Saca una cucharada.)* Aunque esas manos, que pellas son de nieve en el color, venden cuajada mejor; comerse puede tras ellas las suyas un capitán. *(Tómaselas.)*

PETRON. ¡Aduladora!

ANA. A ver: llegue; á fe que no es su jalbegue de almendras ni solimán. ¿Con qué se las lava? ¡Rara blancura! Amor: tú dirás que lleve el diablo lo más con un poco de agua clara.

PETRON. Éntre grosero y pulido sabéis aliñar primores. ¿Visteis vosotros mejores ojos?

ANA. No son lo que han sido.

FRANC. Airosa es la cuajadera. GREGOR. Corred la cortina ó toca que nos priva de la boca.

ANA. Por otro tanto me diera su sotana el estudiante; no la hallara con sazón; atrevióse el neguijón á uno de éstos de delante;

libre el cielo los que en vos
guarnece de carmesi;
(*A ella ap.*) Echeme á los dos de aquí,
que tengo que hablarla.
(*A todos.*) Adiós,
que pierdo tiempo y es tarde.
¡Y á la cuajada...!

PETRON. Esperad.
Licencia los dos me dad.

GREGOR. Dios, bella señora, os guarde
para que mucho os logréis
con la prenda que os merece.

PETRON. Si á mis deudos os parece
que es bien que sobre esto habléis,
miraldo; y cada cual crea
que, sin hacer distinción
de entrambos, mi inclinación
acertar sólo desea.

GREGOR. No sé en eso lo que os diga. (*Vase.*)

FRANC. Tampoco dichoso soy,
que por exclusivo me doy. (*Vase.*)

ESCENA VIII

Doña PETRONILA y Doña ANA.

PETRON. ¿Yo qué he de hacer, pues, amiga?
¿Qué hay de nuevo?

ANA. Que acabemos
con celos y impertinencias.

(*Quita la toca, desnuda lo de mujer,
trae la espada debajo del vestido, á las
espaldas, atada con el tahali, queda en
cuerpo, como hombre; saca de la cesta la
capa y la guarnición de la espada, que es
de tornillo.*)

PETRON. ¡Jesús! ¿Hay tal osadía?

ANA. No ha sido ésta la primera
en que tus desconfianzas
la vida y gustos me arriesgan;
tu condición es terrible.—
Melchora: sal acá afuera;
desnúdame de estas burlas
para que hablemos de veras.

ESCENA IX

Salen MELCHORA.—DICHAS.

PETRON. Pues ¿qué dirán los que entraren
cuando aquí en cuerpo te vean?

ANA. Veránme en cuerpo y en alma
andar por tu causa en pena.

(*Desnudándola Melchora tienta la es-
pada á las espaldas.*)

MELCH. ¿Qué es esto duro?

ANA. La espada.
MELCH. ¿La espada? ¿Quién tal creyera,
ingenioso embelequista?

ANA. Melchora: amor que no inventa
no vale dos caracoles.

(*Pone á la espada la guarnición, ciñese-
la; pónese el sombrero que trujo, y queda
galán con la cruz al pecho.*)

MELCH. Cada día hay cosas nuevas.
¿Y la guarnición, la capa,
con lo demás?

ANA. Esa cesta

me sirvió de guardarropa.
PETRON. ¡Buena cuajada!

ANA. Y tan buena,
que ha de cuajar mis venturas.
(*A Melchora*)

Allá esos vestidos entra;
llevarálos mi criado.

PETRON. ¿A quién?

ANA. A una esclava negra
de mi huésped.

MELCH. Cottonías
son la gala de Guinea.

(*Mete Melchora todo lo demás de este
embeleco.*)

ESCENA X

DICHAS, MENOS MELCHORA.

ANA. Agora, pues, mi enojada,
que no hay disfraces que temas,
¿sobre qué es la pesadumbre?
¿en qué estriban tus ofensas?

PETRON. Que tal oses preguntarme,
¿llamárelo desvergüenza?

ANA. Pues ¿qué he hecho yo contra tí?

PETRON. No es nada, la doña Greida
para esposa apalabrada
cuando arrimes la encomienda,
y el señor Cristobalico
que legitimes.

ANA. Quisieras,
mi bien, tú, que antes de verte,
entre hechicero y profeta,
adivinara en Italia
mi ventura y tu belleza,
y á pesar de lindas brides
conservara su entereza
el caballero del Sol,
reservado á la Princesa
Claridiana ó Clariluna;
antes es bien que agradezcas
certidumbres que te saquen
de malicias que me afrentan.

PETRON. ¿Qué malicias?

ANA. Las escritas
en la carta de la venta
que me llaman mutilado:
ni bien hombre, ni bien hembra.

PETRON. ¿Qué á la cara me han salido,
don Gómez, aunque lo sienta,
lo que es más que imaginable!
En casarme estoy resuelta
con don Gregorio mañana.

ANA. ¿Con quién?

PETRON. Ha de ser por fuerza:
no te canses.

ANA. Muchas horas
hay que entre esta noche median
y mañana para hacer
que se acabe la tarea
en Viveros comenzada;
veráste antes que amanezca
viuda; prevén luto y tocas,
y adiós para siempre.

(*Hace que se va.*)

PETRON. Espera.

ANA. ¿No sois ya los dos amigos?
¡Gentil amistad!

PETRON. No sea
con él, pues lo sientes tanto;
don Francisco te agradezca
la mano que de mi parte
puedes ofrecerle.

ANA. En esa
pongo yo el alma y los labios:
(*Bésasela.*)

tal valor para tal prenda.
(*Muy enojada.*)

PETRON. Pues ¡ingrato, fementido,
engañamundos! no creas
que del uno ni del otro,
si hoy con la vida te dejan,
logre su amor esperanzas.
¿Han visto que sin dar muestra
de un pesar, aunque fingido,
la mano el traidor me besa?
¡Vete, falso á tu italiana!
Palabras la desempeña;
su bastardo legitima;
pero, con tal que no vuejvas
á esta calle ni á esta casa,
que, si su umbral atraviesas,
á un tiempo han de celebrarse
mis bodas y tus obsequias.

ANA. Eso sí, mi Petronila.
¡Cuerpo de tal! Pique, escueza.
Sepamos cuál de los dos
trae más fina la pimienta.
¡Qué villanos siempre han sido
los celos! Si no se vengan
de aquellos que más adoran,
juzgan su amor por afrenta.
¡Ea, pelillos á la mar! (*Muy tierna.*)
Celos me diste que quemar,
celos te he dado que abrasan,
servido nos han de leña;
pues la brasa se ha encendido
á que el amor se calienta
y humo los celos se llaman,
echemos el humo fuera.
Yo te adoro ¡el cielo vive!
Si no bastan para prueba
de esta verdad los disfraces,
ya dama, ya cuajadera,
ya doña Ana, ya don Gómez,
ya estudiante, ya alma en pena,
¿qué ha de bastar?

ESCENA XI

Salen MELCHORA.—DICHAS.

MELCH. Yo, señora,
que he sabido, en mi conciencia,
que ni duerme el pobrecito
por tí, ni come, ni cena.
Si el bien se nos entra en casa,
¿qué diablos es lo que esperas?
Mira qué talle de alcorza;
mira qué cara de perlas;
acaba: dale esa mano.

(*Finge Doña Ana que llora.*)

PETRON. ¿Qué es eso? ¿Lloráis?

ANA. Me aprietan
congojas no sé si el alma;
no con vos crédito pierda
mi valor, que no es cobarde;
quien guarda para la guerra
las manos, y para un susto
de amor los ojos y lengua.

PETRON. ¿Pues la Greida?

ANA. Casaráse
con otro dándola hacienda
suficiente; pues me excusa
esta cruz, que no dispensa
tálamos embarazosos.

PETRON. ¿Y el Cristóbal?

ANA. Su nobleza
le sirva de patrimonio.

MELCH. Si es natural, no es afrenta.

ANA. Echará, si se lograre,
por las armas ó la iglesia.

PETRON. Si esa cruz, pues, os impide
lazos lícitos con ella,
¿cómo podréis ser mi esposo?

ANA. Para la otra es cruz profesa;
pero para vos, novicia.

PETRON. Ahora bien: templad tristezas
y infórmeme yo, entretanto,
de cosas que es justo sepa
para asegurar temores.

ANA. ¿Qué plazo asignáis?

PETRON. Abrevian
los deseos, cuando abrasan,
dilaciones que atormentan.

ANA. Comerme quiero esta mano
á besos. (*Tómala la mano.*)

MELCH. No se la beba,
que es de nieve y le hará mal.

ANA. Pues ¿cómo abrasa si nieva?
(*Muérdesela.*)

PETRON. ¡Ay!

MELCH. ¿Quedito! no muerda.

ANA. Envidia el corazón, labios
y lengua.

PETRON. Bellaco sois,
don Gómez.

ANA. Hechizo mío
ansí han de ser los hombres, (*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen DON GREGORIO y MONTILLA.

GREGOR. ¿Qué hora es?

MONTILL. Todo el cahiz
conté menos una hanega.

GREGOR. Si un desengaño sosiega,
quien los admite es feliz.

Pensé esta noche rondar
á mi ingrata; ya no quiero.

MONTILL. Rondela el Portocarrero
y ¡alto! señor: á acostar.

GREGOR. Viva el dichoso estudiante,
pues sus intentos logró.

¿Por qué he de matarle yo
si el paso me echó adelante?

Venme á desnudar, Montilla.

MONTILL. ¡Gracias á Dios que una vez
le hallo cuerdo! El almirez

nos despierte, campanilla de todo poltrón galán.
 GREGOR. No, Madrid, en ti más llamas.
 MONTILL. ¡Fuego de Cristo en sus damas!
 GREGOR. Luego me vuelvo á Milán. (Vanse.)

ESCENA XIII

Doña ANA, de hombre, y BOCEGUILLAS.

BOCEG. Tu ingenio se me ha pegado.
 ANA. ¿Cómo?
 BOCEG. Díjeme al casero que quería un caballero, á Madrid recién llegado, ver el cuarto que alquilaba, porque, en saliendo contento, sería tu alojamiento; y él, aunque lo deseaba, por no sé qué ocupación, respondió que hasta otro día mostrárnoslo no podía. Dile entonces un doblón redondo, divina salsa que á todos los gustos sabe, fióme al punto la llave y entré por la puerta falsa sin que nadie me sintiese, metí cadenas y grillos que ha de pasmar al oíllos el tal, ¡oh, si ya durmieses!, y dite aviso al momento.
 ANA. Comiéncese, pues, la esgrima.
 BOCEG. Estas piezas caen encima de su cama y aposento; á acostarse iban agora, que yo los vi diligente desde aquí.
 ANA. Un convaleciente mejor duerme que enamora. ¡Gentil modo de matar al estudiante!
 BOCEG. Una herida teme otra, y no hay mejor vida que vivir.
 ANA. Vuelve á mirar si se han traspuesto los dos.
 BOCEG. ¿Por dónde?
 ANA. Esa cuadra acecha (Acéchalos.)
 BOCEG. Roncando, los soplos echa de á legua y media; ¡por Dios, que es treinta Alcaldes Ronquillos.
 ANA. Alto, pues, no lo dilates.
 BOCEG. ¿Qué falta?
 ANA. Que la luz mates y anden los ayes y grillos.
 BOCEG. De mí mismo tengo miedo.
 ANA. Vaya.
 BOCEG. Aquí empieza la historia. (Entranse, y allá dentro arrastran cadenas, con ayes y todo estrépito.)
 ANA. ¡Ay, que me impide la gloria un ingrato!
 BOCEG. ¡Ay, que no puedo salir, por él, de las penas inmensas del Purgatorio!

ANA. ¡Ay, remiso don Gregorio!
 BOCEG. ¡Ay, Montilla!

ESCENA XIV

En calzoncillos y camisa MONTILLA, con vestidos, sábanas y mantas á cuestras.

MONTILL. Mil cadenas siento que vienen tras mí, y mil demonios con ellas dando aullidos y querellas.
 BOCEG. ¡Ay, que me abraso!
 ANA. ¡Ay de mí!
 MONTILL. Conjúrote por el Credo menos el Poncio Pilatos.
 ANA. ¡Ay, hombres de viles tratos!
 MONTILL. Algalia sudo de miedo. ¿Qué me quieres, aullador?
 BOCEG. Misas.
 MONTILL. ¿Soy yo San Gregorio? ¿He arrendado el Purgatorio? ¿Fuí yo acaso colector?

ESCENA XV

Sale DON GREGORIO, en jubón y calzoncillos, con la espada desnuda.—DICHOS.

GREGOR. ¿Qué calabozos se pasan desde el Infierno á este puesto? ¿Montilla?
 MONTILL. ¡Señor!
 GREGOR. ¿Qué es esto?
 MONTILL. ¡El Juicio!
 ANA. ¡Ay! ¡Que me abrasan llamas sin luz invisibles! ¿Por qué en mis penas no avisas?
 GREGOR. Visiones: ¿qué queréis?
 LOS DOS. Misas
 GREGOR. Yo os prometo las posibles.
 ANA. (A pocas lastimadas. Mucho estruendo.) Mientras que en el Purgatorio esté, porque tú lo quieres, tener sosiego no esperes ni casarte, don Gregorio.
 GREGOR. ¡Sombras, que os juzgo infernales! No os he de tener temor. Quita.
 MONTILL. ¿Dónde vas, señor?
 GREGOR. (Cuchilladas al aire) ¡Qué sé yo!
 MONTILL. No son mortales los que aullan, sino sombras de azufre y hierro cargadas; ¿de qué sirven cuchilladas?
 GREGOR. Quédate tú, que te asombras; subiré al cuarto de arriba, que en mí el espanto no cabe.
 MONTILL. Si está la puerta con llave sin persona que le viva por más que intentes, ¿qué harás? El diablo aquí te hospedó.
 GREGOR. Pues, ¿qué he de hacer?
 MONTILL. Lo que yo: afufallas.

desquitarán por las noches cohechos de sus ventanas. Hagamos, pues, la experiencia.

ESCENA XIX

Rebozado DON FRANCISCO y á la ventana MELCHORA.

MELCH. A nuestras puertas se para un hombre. ¿Si es el que espero? La noche está tan cerrada que diviso y no averiguo; ¿pero si no es el que aguarda el que las piedras nos cuenta? ¡Eh caballero! ¿Quién pasa? (Aparte, y luego á ella.) Ya tenemos un indicio: don Gómez soy.
 MELCH. ¡Acabara de hablar yo para otro jueves! Bien venido.
 FRANC. (Aparte.) La criada es esta; mas ¿si se quieren los dos?
 MELCH. (A él.) Echóse en la cama por esperarle vestida habrá dos horas el ama. Dormilón es el don Gómez. No ha causado mi tardanza el sueño: los pliegos fueron que he recibido de Italia.
 MELCH. ¡Qué de ello me debe, amigo!
 FRANC. Vos escogeréis la paga á contento.
 MELCH. Se la tengo más que una cordera mansa; no la diga pesadumbres.
 FRANC. ¿Yo, mi Melchora?
 MELCH. A llamarla voy; retírese allá afuera, que no sé á quién siento. (Vase.) (Aparte.) ¡Ah, ingratal! ¿Para esto no hay llamar deudos que con vos consultas hagan?

ESCENA XX

Sale MONTILLA.—DON FRANCISCO.

MONTILL. ¡Válgaos el diablo por pulgas! Peores sois que las almas. (Pónese enfrente de la ventana.) No he podido pegar ojo. Mi dueño dejó la casa á sus huéspedes en pena, y como en las de amor anda, que puesto que las ignoro, las unas y otras abrasan, tendrá aquí su purgatorio. Oigan allí lo que pasa. El es. ¿No lo dije yo? Rebózome la fachada y sus querellas escucho. (Rebózase.) FRANC. Cogíome el puesto el que traza con embelecos su muerte: escuchemos en qué paran estos oscuros conciertos.

GREGOR. ¿Dónde vas?
 MONTILL. Voime á la caballeriza: refugio á todo lacayo donde jamás cayó rayo ni fantasma atemoriza, ni los riesgos ordinarios de vientos y terremotos; los rayos son muy devotos, que buscan los campanarios, palacios y galerías. Acójome á estercolar el sueño. (Vase.)

ESCENA XVI

DICHOS, menos éste.

GREGOR. Si han de durar, hasta que alumbren los días, todas las noches espantos semejantes, sin dormir, mejor me estará salir y excusar estruendos tantos, no de temor; todo el techo se viene abajo. (Mucho ruido.) (Arriba los dos, que se vean.)
 BOCEG. Si hará.
 ANA. Boceguillas: bueno está; lucidamente lo has hecho. ¡Alto, á la tal falsa puerta con todo el fantasma ajuar! Bien puedo representar diez almas.
 BOCEG. No quede abierta la casa. Ven. (Vanse.)

ESCENA XVII

DON GREGORIO solo.

GREGOR. Saber quiero, pues por hoy no he de dormir, si á su dama va á asistir el primo Portocarrero y está á la reja admitido de quien conmigo es cruel. Podrá ser que vengue en él lo que en casa no he podido. (Vase.)

ESCENA XVIII

Sale DON FRANCISCO como de noche.

FRANC. Esta vez, sospechas mías, he de ver si salís falsas, ó el duplicado don Gómez con vil cautela me trata. He recelado que tiene como los nombres las caras, como el ingenio las obras, y que me usurpa á mi dama; en mis celos se deleita; en sus ojos se retrata, pues siempre en ellos he visto que sus niñas le agasajan. Si esto es así, lo que el día á las malicias recata,

ESCENA XXI

Sale DON GREGORIO, rebozado.—DICHOS.

MONTILL. Otro salió á la parada.
 GREGOR. ¿Dos hombres junto á su puerta?
 El cuerpo lo hacen de guardia
 ¡Vive Dios! que he de saber
 quién son, ó morir. ¿Quién pasa?
 (A Don Francisco.)
 FRANC. (Aparte y luego á Don Gregorio.)
 Su mismo nombre me vengue.
 ¿Quién lo pregunta?
 GREGOR. Quien anda
 buscando á cierta persona.
 (Rebozados todos.)
 FRANC. Don Gómez soy.
 GREGOR. ¿Y se llama
 Avalos, Portocarrero
 ó cómo?
 FRANC. Yo tengo entrambas
 noblezas y entrambos nombres.
 MONTILL. (Ap.) Aquí comienza la danza.

ESCENA XXII

Sale DOÑA ANA, de hombre, y BOCEGUILLAS.—DICHOS.

BOCEG. Tres á tres los rondanditos.
 ANA. Hacia esa esquina te aparta,
 y déjame á mí con ellos.
 BOCEG. ¡Qué lindo vocablo el hacia!
 (Arrimase Boceguillas junto á Montilla,
 sin verle.)
 ANA. En forma estáis de pendencia;
 mas no lo sufre la casa
 á cuyas puertas se forja,
 que miro yo por su fama.
 (Entre los dos, rebozada.)
 Servíos de mi cortesía
 y, con ella, de esta espada,
 sabiendo yo, si ser puede,
 cómo os llamáis los dos.
 GREGOR. Basta
 que vos lo pidáis así.
 Yo soy don Gómez.
 ANA. ¿Quién?
 MONTILL. (Aparte.) ¡Vaya!
 Ya tenemos dos don Gómez.
 FRANC. El que eso finge os engaña,
 porque yo el don Gómez soy.
 BOCEG. (Ap.) Jueguen, pues, al tres en raya.
 ANA. Adviertan vuesas mercedes
 que á la corte, desde Italia,
 y desde la cuna hasta ella,
 ese nombre me acompaña.
 ¿Tres don Gómez? ¿Qué apellido
 los guarnece?
 BOCEG. (Aparte.) ¡Linda chanza!
 FRANC. Yo soy Avalos y luego
 Portocarrero.
 ANA. ¡Oh, qué gracial
 ¿Y vuesas mercedes?
 GREGOR. También
 esos títulos se enlazan
 en mí con el de don Gómez.
 ANA. No debe de ser sin causa
 el triunvirato Gomezio.

BOCEG. ¿Quién va allá?
 MONTILL. ¡Zapel!
 BOCEG. ¿Quién anda
 cedulón aquí de esquinas?
 (Tópanse sin verse.)
 MONTILL. Don Gómez.
 BOCEG. Tentad si es paja:
 todo Madrid se gozmenia.
 MONTILL. Y él ¿quién es?
 BOCEG. Don Gómez.
 MONTILL. Maula;
 ¿mas si llamase esta corte
 doñas Gozmas á sus dayfas?
 ANA. Concluyamos, caballeros;
 no uséis mal de mi templanza:
 decid vuestros nombres propios.
 MONTILL. (Ap.) Apostemos que son almas.
 que tras don Gregorio vienen.
 GREGOR. (AD.ª Ana.) A vuestro lado las armas
 os ofrezco con la vida. (Júntanse.)
 ANA. ¡Oh, amigo! ¿Vos sois?
 GREGOR. Me sacan
 de mi casa y de mi seso
 visiones de vuestra hermana.
 ANA. ¿Veislo? ¿No os lo dije yo?
 Pues, ¿qué ha sido?
 GREGOR. Es cosa larga.
 FRANC. Para después lo dejemos.
 Señores: antes que el alba
 madrugue, que ya se acerca,
 por precisas circunstancias
 me importa que el un don Gómez
 de los dos del mundo salga.
 ANA. ¿Cuál es de ellos?
 FRANC. El que finge
 amistades que por falsas
 dobleces, que por civiles
 le apresuran la mortaja.
 GREGOR. Será, caballero, fuerza
 reñir con los dos.
 FRANC. Ventajas
 tiene mi razón y enojo
 para más que vengán.
 (Sacan los tres las espadas.)
 PETRON. Abran
 estas puertas.
 MELCH. (Dentro.) Sí, señora,
 que á su don Gómez nos matan.
 PETRON. Melchora: saca esas luces.

ESCENA XXIII

Salen DOÑA PETRONILA y MELCHORA, con luces.—DICHOS.

MONTILL. Vengan hachas.
 BOCEG. Vengan hachas.
 Serviremos de comedia,
 si es que esto en bodas acaba.
 PETRON. ¡Don Gómez! ¡Amado primo!
 ¿Con quién lo habéis? ¿Vos la espada
 desnuda?
 ANA. Templad los sustos.
 PETRON. ¿Templar? ¿Pues qué es esto?
 ANA. Nada.
 PETRON. ¿Quién está con vos?
 ANA. Mi esposo.

GREGOR. ¿Mi quién?
 ANA. Si valen palabras,
 vos sois el esposo mío.
 GREGOR. ¡Jesús! ¿Qué decís?
 ANA. El alma
 que por vos ha andado en pena
 soy de la ausente doña Ana.
 GREGOR. ¿Alma vos? ¡Válgame el cielo!
 ANA. ¿Qué tenéis?
 MONTILL. Miren si escampa.
 ANA. Alma soy, que un cuerpo anima;
 cuerpo soy, que en ella os ama;
 vida tengo, por vos muerta
 mi opinión y vuestra fama.
 Para que ésta resucite
 y estotra se satisfaga,
 peregrinaron deseos
 que atravesaron distancias,
 inventaron sutilezas
 y olvidaron á su patria.
 Si amor tan firme merece
 que se corresponda... (Llora.)
 GREGOR. Basta.
 No lloréis, bella señora;
 que el cielo de vuestra cara,
 no alma en pena, cual fingisteis,
 alma en gloria os me retrata.
 ¡Si antes yo os hubiera visto!
 ¿Hay tal cosa?
 PETRON. ¡Lo que pasa
 en el mundo!
 BOCEG. Lacayo hembro
 he sido: denme matraca.
 PETRON. No le creáis, caballeros:
 advertid que aún nos engaña.
 Ya sabéis sus artificios.
 ANA. Por vos, señora, me holgara.
 Doña Ana de Avalos soy.
 PETRON. ¿Y la Greida que os aguarda
 con un hijo y mil promesas?
 BOCEG. ¿Qué Greidas, ó calabazas?
 PETRON. Vila yo por estos ojos.
 ANA. Vistesme á mí transformada
 en Greida, en Portocarrero,
 en don Gómez y en doña Ana.
 GREGOR. Cuando no traigáis más dote
 que las sutilezas raras
 de ese ingenio, que eternicen
 plumas, buriles y estatuas,
 merecen que yo os adore.
 Dadme esa mano.

(Danse las manos.)

MONTILL. ¡Oh, bien haya
 la madre que te ha parido!
 De éstas vengan mil fantasmas.
 ANA. Bella doña Petronila:
 enriqueced esperanzas
 de don Francisco que, pobre
 de ellas, mi amistad maltrata.
 PETRON. Lo que mandáis obedezco.
 (Se dan las manos.)
 FRANC. Mi silencio os dé las gracias.
 (¿A Doña Ana?)
 Y á vos, señora, mi afecto
 el corazón. (A Doña Petronila.)
 MELCH. ¿Quién se casa
 conmigo?
 ANA. Melchora: escoge,
 que, para que ferias galas,
 docientos de oro te libro.
 MELCH. Vengan, aunque sean en plata.
 MONTILL. Aquí estoy yo.
 BOCEG. Y yo también.
 MELCH. ¿Ojearon la ganancia?
 Codiciositos me son.
 Pues yo he dado en ser beata.
 ANA. ¡Qué gran bellaco que ha sido
 el Don Gómez! Si os agrada
 la comedia ¡oh, gran concurso!
 decid, supliendo mis faltas,
 que han de ser así los hombres
 cuando engertos en las damas.

«E bisto esta Comedia intitulado *Bellaco sois Gomez*. Es su Argumento de una mujer que en abito de hombre se bale para casarse con un galán de trazas injeniosas y chistes donairo-sos. No tiene ningún incobeniente por ser toda un juguete, y así puede representarse, saliendo la dama como se les tiene mandado por el Señor don Antonio de Contreras y con enaguas hasta los pies, y quitando los juramentos, que ban reparados en ella. en Madrid, A 27 de Abril de 1643.» (La firma de este censor no se lee por estar roída la hoja).

Por Orden de V. S. el Señor Vicario General, he visto esta Comedia y en ella no hay cosa contraria á Nuestra Santa Fee Catholica y buenas costumbres; y assi podrá V. S. servirse en dar la licencia que piden para que se repre-sente. Fecho en Valencia en el Convento de N.tra S.ª del Remedio, Orden de la S.ª Trinidad, á 1 de Setiembre, año 1643.—EL MAESTRO FR. JUAN BAUT.ª PALACIO, Cualificador del S.º Oficio.